

FULGENCIO ARGÜELLES

NOCHES DE
LUNA ROTA

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Fulgencio Argüelles Tuñón
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-16-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 680-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Tragedias griegas	9
Novios	18
Remordimientos	26
Lágrimas	35
Monte	42
Vergüenza	52
Accidente en el pajar	58
Resignación	64
Manantial	69
Palabras impropias	77
Sobrevivir	83
Omisión	89
Sosiego	97
Boda	103
Locuras	108
Fuego de la suerte	113
Trinidad	121
Niebla	126
Sermón	133
Convite	139
Herencias	145
Mirar por dentro	152
Desmemoria	159
Luna rota	166
Ruidos	175
Punto final	181
Frente al mar	188
Conversar	196
Visiones	204
Orillas	218

A mis nietos, Claudia, Martina, Andrés y Matías, que me resucitan. A mis hijos, María, Tamar, Eduardo y Aida, que me tienen y me explican. A Micaela, que me regala el amor y el tiempo.

En el pueblo bajo hay un dolor taciturno y sufrido: se incrusta dentro y se mantiene en silencio. Pero también existe un dolor que estalla: rompe a llorar de pronto y se manifiesta en forma de letanía.

Somos capaces de reunir todas las contradicciones posibles y contemplar a la vez dos abismos: el abismo que está sobre nosotros, el abismo de los ideales sublimes, y ese otro abismo que se abre a nuestros pies, el abismo de la más mezquina y rastrera abyección.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI,
Los hermanos Karamázov

TRAGEDIAS GRIEGAS

—Recibí carta de mi madre y vengo a traerte sus saludos y su deseo sincero de que todo te vaya bien.

—Pasa.

—Ella está contenta, porque conoció a un viajante que le compra los manteles y las sábanas que borda, que ya sabes que siempre se le dio muy bien el hilo tendido, el punto de cruz y la cadeneta, y la vista la tiene como los gatos.

—Siéntate.

—Me dice que vuelva con ella, que allí hay labor para las dos, y tal vez acabe haciéndole caso. Aquí me siento algo sola, así que puede que vuelva con ella si encuentro a alguien que me compre la taberna, porque el futuro se me encoge cada día un poco más. Mozos apenas hay en el pueblo, entre los que cruzaron la mar, los que se llevó la guerra y los que andan furtivos por el monte ya se cuentan con los dedos de una mano los que quedan, Arbicio era uno de ellos y llevaba yo tiempo insinuándome a él en la taberna, y no es que me hiciera mucho caso, te lo digo como lo siento, pero alguna esperanza tenía, no te lo voy a ocultar, que la esperanza es el deseo de que ocurra algo hacedero, y lo era, por qué no, una es más normal de lo que aparenta, y también la esperanza es alivio, aunque si se prolonga en exceso puede conducir a la locura, eso me lo enseñó mi madre, pero esta esperanza se prolongó lo justo.

—¿Te pongo un café?

—Te lo agradezco.

—Tiene achicoria.

—Las preferencias de Arbicio se fueron hacia Jovita,

mucho más joven y hermosa que yo, eso hasta un ciego lo distingue. Fue observar en la fiesta de San Roque cómo se miraban los dos, cuando ella le colocaba la corona de laurel como ganador del tiro de la cuerda, y reconocer yo al instante que terminarían casándose, que así es el amor, según dicen, que experiencia no tengo mucha, como bien sabes, pero me gusta leer, y he leído que amar es como jugarse la vida sin querer, como lanzarse a la mar de las intenciones en un barco sin velas y a la deriva, eso dicen los poetas, y también dicen que el amor puede florecer una y otra vez, como las flores, y que nuestro natural sentir nos hará creer que siempre estamos sintiendo lo mismo, que siempre olemos la misma flor, deseamos el mismo cuerpo o admiramos idénticos comportamientos, y esto yo no lo entiendo muy bien, porque tonta no soy, aunque tampoco tengo estudios superiores, pero lo importante es que existen las flores y que también existen los hombres para que disfrutemos de unas y de otros, todos reconociéndonos e ilusionándonos, a base de amor y de flores, que las flores parecen siempre las mismas, como los hombres, pero no lo son, como tampoco nosotras somos las mismas cada vez que amamos, y ya te digo que experiencia de amor, en el sentido de la correspondencia, o sea de que a mí me amen, no tengo, pero sí que amé muchas veces, aunque nadie lo supo jamás. Ya ves, Dulce, en estas dudas ando y con estos pensamientos te vengo a distraer.

—El amor, querida Veredigna, es una experiencia religiosa y por eso mismo tiene tantos peligros, porque se fundamenta en la irracionalidad y conduce a los enamorados hacia la inconsciencia, cuando no hacia un abismo sin fondo, y, por si fuera poco, a quienes andamos enamoradas se nos trastorna el sentido de la felicidad, porque tendemos a pensar que ésta depende más de lo que se desea que de

lo que se tiene. En varias ocasiones, como bien sabes, pasé por ello, así que sé de lo que te hablo.

—De eso no tengo duda.

—De mi marido Lázaro nunca estuve enamorada. Él era amigo de mi padre, que en paz descansan los dos, y me casaron con él cuando terminé la escuela. Fue bueno y paciente conmigo y murió demasiado pronto, antes incluso de que yo fuera consciente de lo que significaba estar casada con él, pero era un hombre instruido y previsor y me dejó arreglada la vida. No deberías sorprenderte si te digo que el amor, en ese sentido religioso e irracional del que te estoy hablando, lo descubrí con tu madre, cuando las dos nos quedamos viudas.

—¡Qué bueno está tu café!

—Ella fue mi primer amor, se podría decir así, y en las tardes que pasamos juntas, aquí mismo, nos descubrimos la una a la otra, aunque a veces dudo, te lo tengo que decir, si aquello fue amor o tal vez algún otro sentimiento al que nadie hasta ahora fue capaz de ponerle nombre, porque en muy poco se pareció a lo que sentí después por el desgraciado Juan Damasceno, padre de mi hijo, o a lo que ahora siento por Delmiro, pues en aquella relación con tu madre no había desesperación por esa especie de insatisfacción que se prolonga, ya que lo que teníamos delante lo tomábamos sin esperar nada más, y tampoco nunca sentimos cansancio por la satisfacción que a la mínima ocasión se repetía.

—Hablas tan bien, Dulce, que a veces ni te entiendo.

—Son tantos años leyendo las tragedias griegas...

—Mi madre nunca le puso nombre a aquello que os mantuvo tan unidas después de las muertes de Lázaro y de mi padre.

—Fue en aquel tiempo cuando le tomé tanto gusto a la lectura de las tragedias griegas. Me apasionan los argumen-

tos tristes de los autores clásicos. Lázaro tenía una buena biblioteca, aunque él apenas le dedicaba tiempo a la lectura, siempre quiso ser una persona distinguida, y no por vanidad, tampoco por estupidez, sino por cumplir una especie de designio familiar, ya tenía algunos cargos de responsabilidad en hermandades y consejos, pero él decía que sólo eran honoríficos, y aspiraba a algún oficio gubernativo de mayor autoridad.

—Apenas me acuerdo de él.

—Pues eso decía, e iba camino de conseguirlo cuando lo alcanzó la muerte. Fue ahí mismo, hincado en el sillón de mimbre, debajo del tilo, mientras yo le preparaba en la cocina una compota de pera mosqueruela con canela en rama y vino de moscatel, que ya sabes, porque alguna vez te lo conté, que andaba muy postrado por la caída del caballo que había sufrido unas semanas antes, así que, como te digo, él buscaba la distinción, pero ambicioso no era, más bien se trataba de una vocación, como cumplir un sueño ancestral, quién no ha tenido algún sueño ancestral: llegar a volar como los pájaros, hablar con los familiares muertos o estar en dos lugares diferentes a la vez. Todos tenemos sueños de esa naturaleza.

—A mí me gustaría volverme invisible y atravesar las paredes y entrar por las noches en las habitaciones de la gente.

—Pues el sueño ancestral de Lázaro era convertirse en un hombre distinguido, aunque para mí ya lo era, yo siempre se lo decía, pero a él nunca le parecía suficiente. A su muerte me quedé desconcertada, no derramé una sola lágrima... Fue como si a la habitación en la que duermes cada noche le hubieran arrancado el techo, ya sabes, el tejado vuela de pronto y ahí te quedas tú, en tu cama de siempre mirando al cielo.

—Si no te importa, voy a servirte otro poco de café.

—Sentí mucho desamparo, aquí sola, en esta casa tan grande, y en un pueblo al que no me ataba ningún recuerdo, y apareció entonces el amor de tu madre. Ella tenía un poder especial para hacer de lo insignificante algo muy importante, y su belleza, que a la vez me trastornaba y me aliviaba, se convertía en un resplandor que conseguía resucitarme.

—Siempre fue un ser especial.

—Ella inventó un padrenuestro que rezábamos juntas en aquellas tardes de amor. Que no se vaya tu reino de nuestras vidas, decíamos al unísono, y que se haga siempre nuestra propia voluntad. Era una oración hermosamente blasfema. No se te ocurra dejarnos sin este pan y déjanos caer en la tentación. Así éramos en aquella época. El deseo que sentíamos nos avergonzaba a las dos, eso es de ley que te lo diga, pero no podíamos dejar de satisfacerlo.

—Sé que fuisteis felices. Ella me lo repitió muchas veces.

—Fue poco tiempo, hasta que Juan Damasceno saltó la tapia y me declaró su amor. Fui infeliz demasiadas veces. Es como quemarse la piel... Duele mucho. Y hasta estando enamorada puedes sentir ese dolor, y es verdad que la piel vuelve a salir, pero la cicatriz ya se queda para siempre. En algunas ocasiones pienso en lo que pudo ser, y también eso me duele, ya sabes, esa palabra que no dijiste, o la caricia que te guardaste, o la pregunta que no te atreviste a enunciar.

—Eso lo entiendo.

—Somos vírgenes de la desgracia, Veredigna, como también del placer, porque, cuando una u otro llegan, parece que lo hicieran siempre por primera vez.

—Mí madre me decía que tenías pensamientos muy extraños, y no le faltaba razón, pero a mí me gusta mucho escucharlos.

—Hay pensamientos que son como cuerdas que te sujetan los brazos y los pies. En mi caso, ese pensamiento que te

digo de lo que pudo ser y no fue es de los que más me atan.

—Eres una mujer con muchas experiencias.

—Más bien acumulo desgracias, querida Veredigna. Primero se me murió el marido casi entre las manos, así, de repente y sin que ni siquiera lo hubiera imaginado, y luego tu madre salió huyendo del fantasma de tu padre. Ella decía que se le aparecía por las noches para pedirle cuentas.

—Lo sigue diciendo.

—Nunca tomé en serio aquella preocupación, pero una mañana le dijo a su tío León, el que contaba cada noche las estrellas, que preparara la caballería, y los tres desaparecisteis del pueblo sin despedidas, sólo lo supo el castellano Pascual, que fue el que se quedó con la taberna, ni siquiera a mí me lo dijo, y eso me dolió... Vaya si me dolió...

—Es de razón.

—Y después fue lo de Juan Damasceno, ya lo sabes, la maldita mina me lo arrancó y ni siquiera llegó a conocer a su hijo. Y después llegó la guerra con tanta muerte y tanta desesperación, pero de eso sabes tanto como yo... Fueron años muy duros... Y cuando ya el pasado, con todas sus desgracias, se había instalado para siempre en esta casa, otro vino a saltar la tapia, aquel primero la saltó para no dar qué decir, y éste la saltó para robarme, y ciertamente que me robó, vaya si me robó. Ya lo ves, un hombre que no tiene vida, un fugitivo que anda por el monte alargando una lucha en la que ya nadie cree. ¡Ay, Veredigna! Pienso que cualquier día me lo van a traer con los pies por delante.

—Los del monte son hombres muy valientes. A mí me gustaría mucho tener un amor en el monte.

—Eres muy joven, y esa ansia de vida que sientes te lleva a pensar contrariedades.

—¿Qué sabes del crimen que ocurrió hace años y del que estos días tanto se habla en la taberna?

—¿Por qué hablan ahora de ese crimen que ocurrió hace tanto tiempo?

—Mujer, se le casa un nieto, al criminal, quiero decir, y ya sabes cómo es la gente, hurgan en el pasado de los contrayentes, es la costumbre, y los consejos de don Carmelo, en este caso, no ayudan precisamente, pues recomendó, a causa de esa desgracia que aún sigue señalando a la familia, y tú debes saberlo, porque Delmiro es hijo del criminal, pues el cura, como te digo, recomendó una celebración sin músicas ni algarabías festivas, algo discreto, y también aconsejó que el traje de Jovita no fuera blanco.

—Este pueblo está perdido, Veredigna... ¡Qué tendrán que ver las zanahorias con los salmos al amanecer!

—Pues ya lo ves.

—Aquél fue un crimen como otros muchos que ocurrieron y seguirán ocurriendo. Un hombre borracho y corto de entendederas se lleva por delante a una mujer medrosa, servicial y sumisa, una mujer que empezó a morir el día que la casaron con ese Delio de los infiernos. Son ganas de hurgar en las heridas.

—Y que lo digas.

—Recuerdo bien aquel crimen, porque me hizo pensar en mi circunstancia. A mí también me habían casado con un hombre al que apenas conocía, y Lázaro fue bueno y respetuoso y paciente, ya lo sabes, pero también hubiera podido no serlo, hubiera podido ser borracho y maltratador, como tantos lo son, porque yo apenas sabía nada de él antes de la boda, y quiera Dios, querida niña, que al hombre al que un día te arrimes sea cariñoso y respetuoso contigo, asegúrate de conocerlo bien antes de tomar la decisión.

—Mira, Dulce, me voy a ir con mi madre.

—Lo dices muy convencida.

—Hay un arriero que está cansado de andar por los cami-

nos y quiere comprarme la taberna. Es el que trae la miel y los pellejos de vino. No me da lo que yo pido, pero no me importa. Le voy a vender el negocio y me voy a ir con mi madre.

—Haces bien. En este pueblo siempre se respiró resignación por la tragedia, es la fe de los humildes, así se podría decir, la fe de quienes no tienen nada, salvo la esperanza de que la siguiente desgracia se retrase lo máximo posible. Estoy harta de este fatalismo del que tantas veces han conseguido contagiarme. Esto no es un pueblo, es una enfermedad. No quiero envejecer aquí mirándome a cada instante en el espejo por ver si me crece la hierba en la sombra de las arrugas. Tal vez también yo me vaya más pronto que tarde. Ahora que mi hijo no está, puede que me vaya a vivir a Francia.

—¿Delmiro te lo pidió?

—Todavía no, pero lo hará. Seguro que Efrén Alonso me compraría la casa. Aquí vivió su abuelo, que era el padre de Lázaro, porque no sé si sabías que Lázaro era tío de Efrén.

—No lo sabía, pero no me extraña, aquí todos son parientes.

—Así que, ahora que tiene influencias y posibles en abundancia, no dejará pasar la ocasión de recuperar la vieja casa de la familia. Y del resto de la hacienda seguiré cobrando las rentas, aunque sea desde Francia.

—Bien que le vendrá a la engréida de Digna Emerita vivir en la mejor casa del pueblo, habrá que verla, se inflará como un pavo real. Bueno, Dulce, te veo muy decidida a marchar, se lo voy a contar a mi madre en la próxima carta. Y también le voy a contar que muy pronto estaré con ella.

—Ay, hija, durante demasiado tiempo anduve muy perdida, ni la presencia de mi hijo hacía que me recuperara, ni siquiera él me conseguía retener, ni siquiera mi Santiago lograba arrancarme la pena, andaba a tientas por las cosas y las personas del pasado, ellas ahí, inmóviles, y yo atada a

ellas como hipnotizada. Así era, te lo puedo asegurar, hasta que Delmiro saltó esa tapia. Él arrasó con todo, figúrate, él, que también venía del pasado, que vive en el pasado, porque la lucha del monte hace tiempo que ya es pasado, pues él consiguió que el futuro me sacudiera. Llegaron él y el futuro como una tromba de luz. La edad me acecha, traidora y amenazante, y tengo decidido que una buena dosis de delirio no me vendrá nada mal.

—Parece que anduvieras con los sentimientos a flor de piel.

—Justo cuando la vida se vuelve más complicada es cuando todo parece más sencillo, fíjate tú qué contradicción, como si ese mundo que llevaba años acorralándote, de pronto y sin venir a cuento, se hubiera puesto a tus pies.

—Digo yo que me podrías prestar alguna de esas tragedias griegas.

—Claro. Puedes empezar con *Antígona* y con *Electra*.

—¿De qué van?

—De apegos y desapegos, de amores y de muertes.

—¿No serán muy tristes?

—Claro, pero son tristezas que reconfortan y te obligan a pensar.

—¿Irás a la boda?

—Supongo que sí. Mandé aviso para que Jovita y Arbio vengan a verme. Desde que llegué a este pueblo acostumbré a hacerles un regalo a los que se casan.

—¿Tú crees que los del monte bajarán?

—¿Por qué lo dices?

—Lo hablan en la taberna.

—¿A qué habrían de bajar?

—Mujer, a la boda. Sobran motivos. A Milvio se le casa la hija mayor y a tu Delmiro el sobrino.

—¡Quiera Dios que no lo hagan!